

La explosión de un artefacto en una sede del servicio vasco de empleo, al igual que los ataques a oficinas bancarias y quemadas de contenedores ocurridos en Santutxu hace doce días y otros episodios similares anteriores, muestran la existencia de sectores de la izquierda abertzale que no han renunciado a actuar con métodos violentos. Lo de menos es la razón alegada en cada caso para justificar los ataques. Es igual de violencia callejera cuando se queman coches en protesta por unas detenciones, que cuando se provocan incendios en apoyo a una huelga o contra el paro.

Lo que caracteriza la kale borroka no es la excusa utilizada con ocasión de cada ataque, sino el procedimiento empleado y la identidad política de los que

FLORENCIO DOMÍNGUEZ

DETRÁS DE LA BOMBA



usan la violencia. En el pasado, nunca ha habido duda a la hora de incluir bajo ese concepto toda clase de ataques cometidos por los miembros de la izquierda abertzale. Daba lo mismo que atacaran una ETT para protestar por la precariedad en los contratos, que la unidad móvil de una radio porque no les gustaba lo que emitían o una sede judicial por la escasa presencia del euske-

ra en los juicios. Para cada ataque ha habido una excusa, pero detrás de todos ellos había la misma voluntad antidemocrática de un determinado grupo de imponer sus postulados por la fuerza.

Los ataques registrados este año son numéricamente poco significativos, igual que los que se contabilizaron en 2011. No hay por ello que magnificar los hechos, pero tampoco quitarles

importancia e ignorar la peligrosidad potencial que encierran si continúan. Detrás de estos incidentes está la resistencia de un sector de la izquierda abertzale a la hora de dejar de lado de manera definitiva la violencia. La existencia de sectores críticos es observable, incluso, en algunos debates que se están produciendo a través de las redes sociales en los que se recogen opiniones de los que creen que renunciar a «la estrategia político militar», es decir al terrorismo, supone «hacerse el haraquiri».

Al margen de las tareas de investigación policial que tendrán que hacerse en este caso, corresponde a los dirigentes de la antigua Batasuna persuadir a esos núcleos que forman parte de su propia base política para que de manera definitiva renuncien a la violencia. El problema que tie-

nen para realizar de manera eficaz esa persuasión es que ETA y Batasuna se niegan a hacer una revisión crítica de su pasado. No sólo eso. Justifican los éxitos conseguidos en el presente por la lucha violenta desarrollada hasta hace poco.

Con ese argumento de partida tienen muy difícil explicar a los más radicales que la violencia era útil hasta el 20 de octubre pasado, pero dejó de serlo el día 21. ¿Por qué renunciar ahora y no haberlo hecho, por ejemplo, en 1982 cuando lo hicieron los polimilis? Con la idea de que la violencia ha sido útil para la causa hasta hace bien poco, va a resultar muy difícil convencer a esos sectores de que ha dejado de serlo. Los críticos pueden considerar, como hacía Arnaldo Otegi en 1982, que hay que seguir adelante con la violencia.